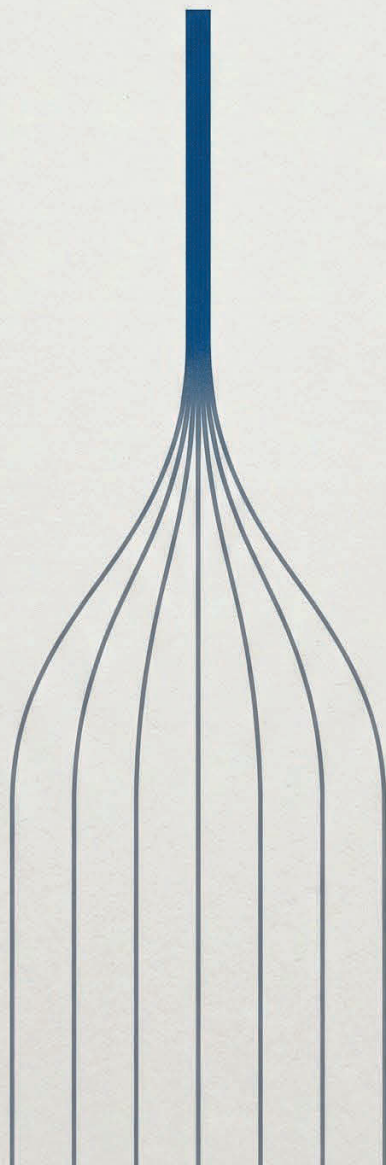




Mesa de intelectuales por el futuro

Autor y edición: Equipo Lifecom Books

Primera edición, 2026. Ciudad de México, México.

Número de registro INDAUTOR: 03-2026-073010495200-01

Contenido

Prólogo	- 3 -
Introducción	- 4 -
Dinámica de Encuentro Político-Intelectual: Visión de Futuro a Largo Plazo.....	- 7 -
1. Objetivo y Fundamentos	- 7 -
2. Participantes y Conformación de Mesas.....	- 7 -
3. El Rol del Facilitador (Estilo Carl Rogers).....	- 9 -
4. Reglas y Dinámicas de Comportamiento	- 9 -
5. Fases del Proceso y Cronograma (4 Días de Internamiento)	- 10 -
<i>Ensayo de muestra:</i>	- 12 -
Introducción	- 13 -
El problema de la cultura inconsciente y la sombra colectiva	- 16 -
Lecciones de Estados Unidos y Francia	- 18 -
Propuesta de un eje cultural rector para México	- 20 -
Beneficios culturales esperados.....	- 26 -
El desafío de construir un consenso cultural.....	- 28 -
Conclusión.....	- 30 -

Prólogo

Un país no puede gobernarse de manera productiva si cada sexenio se propone borrar lo anterior y empezar de cero, ni si la polarización ocupa el lugar de un centro cultural compartido. Sin ese centro, no hay dirección de largo plazo.

Este libro propone un método para sentar a rivales políticos a construir consensos mínimos. No se les pide que piensen igual. Se les pide escucha, renuncia al ego y disciplina cívica: el bienestar de los ciudadanos antes que el lucimiento y el poder de algunos.

Introducción

Una definición de intelectual que conviene tener presente — lejos de limitarse a quien solo aprende, reflexiona y comparte ideas— es aquella que suma un rasgo fundamental: el peso que le otorga a sus convicciones. A diferencia de otras personas estudiosas y preparadas en diversos oficios, el intelectual valientemente, y en ocasiones con gran sacrificio por un bien mayor que vislumbra, antepone sus ideas a intereses económicos, partidarios y de grupo.

Esta postura tiene un enorme valor social, ya que estas personas suelen avanzar en términos económicos o de poder menos de lo que probablemente podrían si priorizaran el beneficio personal. Al asumir esta posición de independencia, cuentan con más elementos para realizar valoraciones y propuestas imparciales orientadas a dictaminar y resolver los retos que nos atañen a todos.

La mesa de los intelectuales por el futuro es un reto concebido para poner en práctica, de la manera más desinteresada posible, estas funciones. Su propósito es determinar el rumbo conveniente para un país caracterizado por la complejidad de grupos que defienden distintas

soluciones para el cambio a largo plazo que todos anhelamos, pero para el cual suscriben diversas recetas.

Existen países que tuvieron la fortuna histórica de contar con momentos en los que un grupo de líderes y pensadores conjugó y concilió sus posiciones con poca oposición; su dictamen generó un eje rector que, a pesar de las imperfecciones y disputas de poder posteriores, ha servido de guía a largo plazo. Sin pretender enaltecerlos en exceso —dado que en parte mediaron la fortuna y la conjugación de circunstancias particulares—, así ocurrieron casos como los de Francia y Estados Unidos, este último con un particular crecimiento a partir de que sus padres fundadores conciliaran posiciones.

Para los países que no han tenido esta fortuna, este libro propone *La mesa de los intelectuales por el futuro*. Aunque aquí se aplica como ejercicio para México, tomando como base a los cinco partidos políticos con mayor presencia legislativa (50 intelectuales en total), la dinámica puede replicarse en cualquier nación.

Esta propuesta se basa en principios que favorecen el encuentro de grupos constructivos —en la línea de los trabajos del psicólogo Carl Rogers— y se registra para dejar constancia pública.

Las mesas de trabajo no se transmiten en vivo, ya que si los participantes saben que, en ese momento, los están viendo personas con quienes se sienten afiliados (de manera consciente o inconsciente), es más fácil que hablen para aplauso y no para acordar. Sí puede grabarse el proceso y sí puede transmitirse en vivo la lectura del documento breve, cuando esté listo. Finalmente, si hay difusión, que sirva para que el texto generado se integre a la cultura, no para convertir el internamiento en un espectáculo.

La dinámica se detalla a continuación. El resto de este libro no es el documento rector que firmarían las mesas. Es un ensayo de muestra: el tipo de reflexión que una voz podría aportar. El producto oficial, si el método se cumple, sería un texto conjunto de dos o tres párrafos, con su anexo correspondiente.

Dinámica de encuentro político-intelectual:

Visión de futuro a largo plazo

1. Objetivo y fundamentos

- **Propósito:** Un documento final de dos o tres párrafos (más un anexo con el razonamiento que lo sostiene) que exponga la visión de lo que queremos que rija nuestras acciones de largo plazo, más allá de la agenda de un partido o de un sexenio.
- **Modelo metodológico:** Inspirado en los grupos de encuentro de Carl Rogers y en dinámicas funcionales de diálogo abierto, priorizando la autenticidad, la escucha empática y la construcción de consensos profundos.
- **Dispositivo de fases:** Mesas iniciales, encuentro de emisarios y cierre. Se graba para dejar constancia. El trabajo de las mesas no se transmite en el momento. Lo que sí puede ser público, y en vivo, es la lectura del documento breve.

2. Participantes y conformación de mesas

- **Total de intelectuales:** 50 participantes en total.

- **Distribución inicial:** Se dividen en 5 grandes grupos o mesas iniciales, cada uno vinculado a uno de los 5 partidos políticos con mayor presencia legislativa. Cada partido sugiere a 10 intelectuales para su mesa correspondiente:
 - **8 intelectuales visibles:** Participan de forma presencial, activa y grabada en los debates y discusiones de las mesas iniciales.
 - **2 intelectuales de apoyo:** No entran a la discusión grabada. Llegan un día antes, se internan y entregan su propuesta por escrito. Sus nombres se conocen en la mesa, pero no aparecen en la grabación.
- **Mecanismo de validación cruzada:**
 - Para asegurar la independencia y mitigar el temor a agendas partidistas ocultas, 8 de los 10 intelectuales propuestos por cada partido deben ser completamente validados (aprobados) por los demás partidos.
 - Se permite un margen de hasta 2 intelectuales no validados (20%) por grupo, manteniendo la flexibilidad bajo el entendido de que el proceso posterior exigirá acuerdos obligatorios.

3. El rol del facilitador (estilo Carl Rogers)

Se incorpora la figura de un facilitador (y no un moderador tradicional directivo) en cada mesa con el fin de:

- Garantizar un clima de seguridad psicológica, autenticidad y respeto mutuo.
- Utilizar técnicas de escucha activa y reflejo, ayudando a profundizar en el significado real de las posturas más allá de la retórica política superficial.
- Ayudar a que cada quien hable desde lo que piensa, y no desde el grupo con el que se identifica, de manera consciente o inconsciente.

4. Reglas y dinámicas de comportamiento

- **Aislamiento digital y comunicativo (retiro):** Durante los días de trabajo, los participantes permanecen internados sin comunicación con el exterior (teléfonos, redes sociales o dirigencias partidistas) para evitar presiones externas y priorizar la reflexión profunda.
- **Suspensión temporal de posturas (epojé):** Las ideas se defienden por su mérito a largo plazo y no por quién las propuso, permitiendo total libertad en la adopción de propuestas entre mesas.
- **Dinámica de Consenso por Convergencia:** Se

prohíben las votaciones por mayoría en la fase final para evitar dinámicas de ganadores y perdedores; en su lugar, se trabaja mediante la modificación progresiva de textos en conjunto.

5. Fases del proceso y cronograma (4 días de internamiento)

Días 1 y 2: Mesas iniciales en paralelo

- **Dinámica:** Los 5 grupos de intelectuales trabajan de manera independiente en sus respectivas mesas para debatir, analizar y estructurar sus propuestas rectoras, integrando las aportaciones escritas de los dos intelectuales de apoyo y guiados por el facilitador.
- **Productos generados:** Al cierre de estos dos días, cada mesa entrega un borrador y elige a 2 emisarios.
- **Regla de los emisarios:** Los emisarios elegidos no pueden ser ninguno de los dos intelectuales que no fueron aprobados inicialmente por los demás partidos.

Día 3: La mesa final (encuentro conjunto)

- **Dinámica:** Se reúnen 10 emisarios (2 por mesa). El acuerdo de esta mesa es unánime. El producto es un documento de visión de país de dos o tres párrafos.
- **Dinámica de consenso:** A diferencia de las fases

anteriores, en esta mesa final el acuerdo debe ser estrictamente unánime. Se busca fusionar las aportaciones mediante un diálogo profundamente empático.

- **Producto generado:** Un documento oficial de visión de país a largo plazo con una extensión de 2 a 3 párrafos.

Día 4: Revisión y presentación pública

- **Dinámica:** Jornada destinada a la revisión final del documento rector y su formalización para la presentación transparente ante la opinión pública y los medios de comunicación.

Las grabaciones pueden usarse después como registro del internamiento y de cómo se cortó la comunicación con el exterior. Al elegir qué se muestra, el criterio es el método: que se vea cómo alguien cede, cómo se reescribe un texto y cómo se llega a un acuerdo. No se privilegia la frase hecha para provocar o para ganar. La lectura del documento de dos o tres párrafos sí puede ser pública y en vivo.

Ensayo de muestra:

Lo que sigue no es el documento breve de la mesa final.

Es un ensayo escrito por un solo autor, pensado como material de trabajo posible. No es el acta de un consenso ni un manifiesto de México:

Introducción

La polarización política actual revela algo más profundo que el simple enfrentamiento entre proyectos de gobierno. Cuando una sociedad carece de un centro cultural compartido, los partidos tienden a operar en el corto plazo. Aunque muchos actúen con la intención de transformar la realidad, para poder hacerlo necesitan primero alcanzar y conservar el poder. Sin un marco cultural que oriente y limite, esa necesidad termina imponiendo tácticas de corto plazo que dificultan la construcción de un rumbo de largo aliento. El resultado es una conversación pública que oscila entre la denuncia y la defensa, pero que rara vez ofrece una dirección compartida.

Pensadores mexicanos como Octavio Paz diagnosticaron con profundidad poética las tensiones de nuestra identidad, y José Vasconcelos propuso visiones ambiciosas de mestizaje y destino. Sin embargo, algunas de esas formulaciones —incluida la idea de una “raza cósmica” o de un mestizaje ya resuelto— se han revelado incompletas, a pesar de su importante contribución intelectual y literaria. La preferencia histórica por ciertos rasgos físicos y culturales europeos, presente durante generaciones, muestra que el

mestizaje no siempre ha sido vivido como una síntesis plena, sino también como una jerarquía no resuelta.

El problema de fondo no es solo político. Es cultural. Sin un eje explícito que oriente el sentido de pertenencia, el esfuerzo y la esperanza compartida, el país corre el riesgo de avanzar a trompicones, rico en talento y recursos, pero pobre en dirección colectiva. Las familias, las comunidades, las empresas y las instituciones necesitan algo más estable que las coyunturas electorales: una brújula que trascienda gobiernos y partidos.

Este ensayo no pretende ofrecer esa brújula como fórmula definitiva. Busca, con respeto y convicción, contribuir a una conversación necesaria: la de definir conscientemente qué valores y actitudes queremos que guíen a México en el siglo XXI. No para negar nuestras heridas ni nuestra diversidad, sino para integrarlas en un proyecto de largo plazo que haga sentido a la mayoría de los mexicanos, más allá de las afiliaciones políticas del momento.

La Declaración de Independencia de los Estados Unidos, en su segundo párrafo, no se limita a enumerar derechos; establece un centro moral objetivo —el Creador— del cual derivan la igualdad, la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Ese centro ha funcionado durante más de dos

siglos como un eje de cohesión, movilidad social y sentido de propósito intergeneracional, incluso en medio de contradicciones y conflictos profundos.

México, en cambio, ha carecido históricamente de una definición cultural consciente dotada de esa misma claridad y profundidad. No es que carezca de identidad; el problema es que dicha identidad se ha configurado de manera predominantemente reactiva e inconsciente. Y cuando una cultura no se define de forma explícita, tiende a estructurarse de manera involuntaria: si no existe un centro explícito y compartido, la sombra colectiva —en el sentido que Carl Jung dio al término— ocupa inevitablemente el vacío.

El problema de la cultura inconsciente y la sombra colectiva

Cuando una cultura no define explícitamente su escala de valores, ese centro queda a merced de dinámicas inconscientes. Carl Jung describió la sombra como el conjunto de aspectos reprimidos de la psique que, al no ser integrados, ejercen una influencia desproporcionada. A nivel colectivo, la sombra grupal se compone del dolor histórico no procesado. En el caso mexicano, ese dolor incluye la herida de la conquista y la subordinación colonial, las exclusiones de clase y de origen étnico, y las recurrentes traiciones políticas. Estos elementos se transmiten no solo como memoria, sino como una disposición emocional persistente: desconfianza hacia lo propio, idealización de lo extranjero o resentimiento cristalizado.

El problema no radica en reconocer estas heridas. El verdadero conflicto surge cuando la atención obsesiva a la sombra se convierte en el centro mismo de la identidad cultural. En ese momento, la cultura deja de orientarse hacia la construcción y pasa a enfocarse en la denuncia permanente o en la purga moral.

México ha mostrado en los últimos años señales de inclinarse hacia este segundo extremo. Aunque resulta legítimo y necesario señalar las deudas históricas y los problemas sistémicos, una sociedad que se define principalmente por aquello que rechaza o por el resentimiento hacia sus ancestros difícilmente logra construir un futuro deseable para las nuevas generaciones.

Lecciones de Estados Unidos y Francia

Estados Unidos y Francia ofrecen contrastes útiles, no modelos rígidos a copiar. En el caso estadounidense, el centro explícito —aunque permanentemente tensionado— ha sido una visión moral anclada en un orden trascendente, con un Creador que fundamenta derechos individuales inalienables. Dicha base ha favorecido, a pesar de sus propias contradicciones históricas, una cultura de movilidad, innovación y una relativa confianza en las instituciones. Francia, por su parte, optó por un centro ilustrado y laico que prioriza la igualdad abstracta y la razón secular.

Ambos modelos han buscado proteger las garantías individuales, pero han tropezado cuando la sombra colectiva no se integra de manera equilibrada: un exceso de atención a la sombra en un caso, o cierta inconsciencia y repetición en el otro. A pesar de ello, sus respectivos ejes rectores les han permitido regresar una y otra vez a su centro, aprovechando de forma más consistente las fortalezas intrínsecas de su historia y su población.

México no necesita calcar ninguno de estos modelos; requiere construir el propio: un centro firmemente anclado en una antropología de la dignidad humana y abierto a la diversidad de su mestizaje, profundamente enraizado en su historia de resiliencia y en su arraigada cultura popular de la Gracia. La manera en que estos elementos pueden integrarse, equilibrarse y orientarse mutuamente constituye el núcleo del análisis siguiente.

Propuesta de un eje cultural rector para México

Una propuesta concreta, que puede servir de ejemplo de cómo puede ejercerse esta definición consciente, se enuncia de la siguiente manera:

Somos un pueblo orgulloso y hospitalario, con una historia de resiliencia y capacidad de afrontar condiciones duras, enriquecido por una cultura de la Gracia que nos enseña que, en agradecimiento por lo recibido, servimos al prójimo. Esto se refleja en la empatía hacia quienes enfrentan desventajas, en la lucha por la equidad de oportunidades, la dignidad en el trato, el respeto a las diferencias y el mérito del esfuerzo personal.

Celebramos nuestras diferencias, sin homogeneizarlas, como parte de nuestra riqueza mestiza. Somos un pueblo capaz de enseñar al mundo cómo recibir visitas y hacerlas sentir bienvenidas, mientras trabajamos con constancia

e inteligencia por un futuro mejor para nuestros hijos, nuestras familias y seres queridos.

O una versión más breve y memorable puede ser:

Somos un pueblo hospitalario, que trabaja para que a sus hijos y seres queridos les vaya mejor.

Creemos que a todos se les debe trato digno y una oportunidad real; que el logro se gana con esfuerzo; y que nos guían el amor y la empatía, no el rencor.

Este eje no es arbitrario; responde a tres necesidades específicas de la experiencia mexicana:

1. **Integrar la sombra sin convertirla en centro:** El orgullo y la resiliencia reconocen la dignidad y la fortaleza histórica sin negar las heridas, evitando tanto el malinchismo como el uso del resentimiento como identidad.

2. **Aprovechar un patrimonio cultural preexistente:** La hospitalidad mexicana y la cultura de la Gracia no son invenciones recientes, sino rasgos profundamente arraigados. El eje los hace conscientes y los orienta hacia el servicio y la cohesión comunitaria.
3. **Mantener en tensión creativa dos polos tradicionalmente polarizados:** La equidad de oportunidades y el mérito del esfuerzo personal. Luchar exclusivamente por la equidad sin honrar el mérito fomenta la dependencia; honrar solo el mérito sin atender las desigualdades de partida genera fractura social. El eje propone sostener ambos en equilibrio.

Este planteamiento no pretende agotar todas las virtudes o aptitudes colectivas de México. Existen otras fortalezas reales —como la capacidad de improvisación y el ingenio para resolver problemas bajo presión— que forman parte indiscutible de nuestra identidad. Sin embargo, no todas las virtudes deben elevarse al mismo nivel dentro de un eje rector, ya que algunas, si se colocan en el centro, pueden generar efectos colaterales no deseados.

La improvisación, por ejemplo, ha sido una valiosa herramienta de supervivencia, pero al confiar en ella de manera excesiva se desalientan la previsión, la planeación y la construcción de sistemas estables. Por ello, aunque se reconoce como parte del repertorio cultural, no se le otorga el rol de principio orientador. El eje propuesto privilegia deliberadamente aquellos elementos que fomentan la cohesión, la dignidad compartida y un futuro más previsible y esperanzador.

Asimismo, los mexicanos nos caracterizamos por ser alegres y hospitalarios, pues el disfrute de la convivencia es una gran virtud colectiva; sin embargo, esta cualidad no compensa los excesos que comprometan la continuidad, el cumplimiento de compromisos y la disciplina.

Los componentes de este eje se refuerzan mutuamente de las siguientes maneras:

- **Orgullo y hospitalidad:** Reconocen la dignidad de ser mexicano sin derivar en chauvinismos. La hospitalidad es una de nuestras cartas de presentación más potentes y puede constituir una fuente principal de *soft*

power (poder blando) en el siglo XXI si se cultiva con conciencia. Contamos con ecosistemas espectaculares, una historia vibrante, y una gastronomía y playas clasificadas entre las mejores del mundo. Esto, sumado a nuestra vecindad con la economía más grande del planeta, nos posiciona para consolidarnos como una potencia turística y un imán para *digital nomads*.

- **Resiliencia:** No alude a la complacencia ante la violencia, sino a la probada capacidad histórica de resistir condiciones adversas (conquistas, revoluciones, desastres naturales, crisis económicas) y transformarlas. Se manifiesta también en los atletas mexicanos que, con escasos recursos y en circunstancias complejas, brillan internacionalmente en disciplinas de contacto y resistencia como el boxeo, la lucha, el taekwondo, la marcha o el maratón.
- **La cultura de la Gracia:** Moldeada durante casi quinientos años de tradición cristiana en México, ofrece un patrimonio compartido que no excluye a agnósticos, ateos u otras creencias. La gratitud —hacia Dios o

hacia el simple don de la existencia— se traduce naturalmente en servicio al prójimo. Bajo esta óptica, la empatía con los vulnerables no es condescendencia ni clientelismo, sino el reconocimiento de la dignidad intrínseca de cada individuo.

- **El equilibrio entre equidad y mérito:** Previene tanto los riesgos de un igualitarismo abstracto que desincentiva la creación de riqueza como los abusos de un darwinismo social deshumanizado.
- **La celebración de las diferencias:** Convierte nuestro mestizaje —frecuentemente interpretado como un reto de integración— en nuestra mayor riqueza cultural y en un modelo de pluralidad armónica en una época global marcada por la polarización identitaria.

Beneficios culturales esperados

Una cultura definida conscientemente en torno a este eje es capaz de generar frutos análogos a los que su Declaración de la independencia aportó a la sociedad estadounidense:

- **Cohesión social y confianza institucional:** Un centro compartido que vincula servicio y dignidad reduce drásticamente la polarización. Al percibir un proyecto común fincado en la equidad con mérito, se robustece la confianza interpersonal y hacia las instituciones.
- **Confianza interpersonal y dinamismo económico:** Vivir desde la gratitud —núcleo de la Gracia— mitiga el miedo y la ansiedad, propiciando la cooperación. Diversos estudios sobre capital social demuestran que altos niveles de confianza reducen costos de transacción, estimulan la innovación, facilitan la creación de negocios sostenibles e impulsan redes de apoyo comunitario eficaces.
- **Movilidad intergeneracional real:** El balance entre equidad de oportunidades y mérito personal frena tanto

el clientelismo como la cultura corrosiva de la envidia. Sostener ambos principios genera condiciones propicias para que los ciudadanos mejoren sus condiciones de vida y hereden mejores oportunidades a sus hijos, indicador indiscutible de una sociedad sana.

- **Soft power y proyección internacional:** Capitalizar nuestra hospitalidad natural potencia el turismo de calidad, la gastronomía y las expresiones artísticas, convirtiéndonos en embajadores globales de una nación que sabe acoger y celebrar la vida.
- **Legado intergeneracional y salud familiar:** El cierre del eje —“trabajamos con constancia e inteligencia por un futuro mejor para nuestros hijos, nuestras familias y seres queridos”— conecta de manera directa con un profundo sentido de trascendencia, heredando esperanza en lugar de resentimiento.

El desafío de construir un consenso cultural

Definir conscientemente un eje cultural rector no es una tarea sencilla; implica un proceso complejo expuesto a riesgos tangibles. El principal peligro radica en que distintos grupos intenten instrumentalizar el eje con fines partidistas, o que la ciudadanía lo perciba de esa manera. En un entorno polarizado, cualquier tentativa de articular un centro compartido suele generar sospechas iniciales.

Adicionalmente, un pacto cultural de esta magnitud no se impone por decreto ni se consolida en un solo sexenio. Demanda tiempo, constancia y transmisión generacional a través de los hogares, las escuelas, las comunidades y los medios de comunicación. Su legitimidad depende estrictamente de su capacidad para trascender administraciones gubernamentales y colores partidistas.

Lejos de invalidar la propuesta, reconocer estas dificultades la vuelve más realista. El hecho de que construir un centro compartido sea complejo no significa que sea inalcanzable. Otras naciones lo han logrado porque asumieron que el

proceso es gradual, imperfecto y requiere un cuidado permanente. México puede hacer exactamente lo mismo si se conduce con humildad, paciencia y voluntad de diálogo democrático.

Conclusión

México se encuentra ante una oportunidad histórica inigualable para definir conscientemente su cultura de cara al siglo XXI. No se trata de borrar las cicatrices del pasado ni de soslayar las deudas pendientes de justicia y equidad, sino de decidir deliberadamente qué escala de valores deseamos que oriente nuestro porvenir.

El eje aquí planteado es una propuesta concreta y abierta de un autor. No es el resultado de las mesas: esas mesas aún no ocurren. Si el ejercicio se realizara, este texto podría entrar como material de trabajo. El documento que importaría sería el breve, acordado por todos los emisarios y escrito después del internamiento. Esta visión no es un punto final, sino un ejemplo de por dónde podría empezar la conversación para que familias, educadores, líderes comunitarios, iglesias y sociedad civil la pongan a prueba en la vida cotidiana.

Una vez alcanzado un amplio consenso, dicho eje deberá consolidarse como un referente estable que trascienda la coyuntura política, manteniéndose vivo y relevante de generación en generación mediante el compromiso cívico cotidiano.

Este centro consciente no pretende anular la sombra, sino integrarla. Y al integrarla, libera la inmensa energía cultural de México para edificar el futuro, en lugar de perpetuar la repetición o la inversión de los errores del pasado.

Si otras sociedades han sido capaces de articular, a través de los años y en medio de profundas divergencias, un centro cultural compartido y duradero, ¿por qué México no habría de ser capaz de lograrlo también?